Alcalá la Real en los relatos del VIAJE POR ESPAÑA

Por B. SANCHEZ CUENCA

ALCALA la Real ha sido punto de paso de algunos viajeros célebres que dieron luego sus impresiones a la estampa en sendos volúmenes titulados *"Viajes de España o por España"*. De los numerosos libros donde se archivan estas impresiones, han caído en mis manos bastantes de ellos, pero en relación con el título sólo quiero mencionar el *Viaje a España*, de Francesco Giucciardini, Embajador de Florencia ante el Rey Católico (1511), el de la Condesa D'Aulnoy (1679), el de Antonio Ponz (1793), el de Teófilo Gautier (1840), *De París a Cádiz*, de Alejandro Dumas (1846), el *Viaje por Andalucía*, de Antonio de Latour (1848), el *Viaje por España*, del Baron Davillier, en compañía de Gustavo Doré (1862), y el que con el título *Cosas de España* y el subtítulo *El País de lo imprevisto*, escribió Ricardo Ford de su viaje por España en 1830. No es mucho, si se tiene en cuenta que el benemérito hispanista Foulché-Delbosc registra en su *Bibliografía de viajes por España y Portugal* ochocientos cincuenta y ocho relatos!

También he encontrado un grabado inglés de un dibujo de Alcalá hecho por David Roberts, en 1834, que reproducimos. Este dibujo ha debido ser completado de memoria sobre un

rápido apunte tomado a la llegada a Alcalá desde Granada, echándose de ver la fantasía del dibujante, que debió impresionarse, sobre todo, por lo agreste del paisaje.

Ni Teófilo Gautier ni Ricardo Ford mencionan a Alcalá en sus itinerarios. El primero fué a Granada desde Jaén por la carretera directa y desde Granada siguió a Málaga, Córdoba y Sevilla.

El tránsito por Alcalá era obligado en el viaje de Granada a Córdoba o a la inversa, como lo hizo D. Antonio Ponz, en 1791. Refiere éste: "Caminando desde Baena a Alcalá la Real, casi siempre por tierra montuosa, de malos caminos y solitaria, no encontré más posada que la Venta llamada de la Rábita...", en la que halló a la ventera de parto, sin más asistencia en aquel despoblado que la de su infeliz marido (!). Ponz les socorrió en metálico y les dió chocolate que le pidieron, continuando a Alcalá. Su impresión del pueblo en aquella fecha es la siguiente:

"Está puesta Alcalá en una elevación, y aunque me dijeron que consta de cuatro mil vecinos, acaso no pasará de ocho a nueve mil almas. Tiene seis conventos, con dos parroquias y dos ayudas de parroquia. La iglesia de los padres de San Antón no es desarreglada en lo interior; con todo, la echan a perder las hojarascas ridículas de las pechinas y de los retablos. También hay cierta sencillez en las iglesias de Santo Domingo y San Francisco; pero los ornatos dejémoslos a un lado, aunque los retablos mayor y colaterales de Santo Domingo podrían pasar si no tuvieran columnas salomónicas. La iglesia mayor, que es una de las parroquias, ocupa el centro de un castillo bastante arruinado, que llaman la Mota, y para llegar es necesario subir una penosa cuesta. La arquitectura de dicha iglesia es de buen tiempo, con una gran bóveda rebajada en el centro de más de veinte varas de largo y dieciocho de ancho; toda ella es obra de cantería, pero blanqueada por dentro. La mayor parte de retablos y ornatos de iglesia y sacristía son extravagantes. Las estatuas del retablo mayor y algunas pinturas de las paredes son bastante buenas. En tiempo

de los moros se llamó esta ciudad Alcalá de Benzaide, por un moro de este apellido".

Medio siglo después, con ocasión de las bodas del Duque de Monpensier con la infanta Luisa Fernanda, vino a España Alejandro Dumas, acompañado por cinco compatriotas, uno de ellos su hijo Alejandro. Estuvieron una semana en Granada, y a lomo de mulas emprendieron el camino hacia Córdoba a través de Alcalá y Castro del Río. La madrugada del 31 de octubre de 1846 salieron de la ciudad de los Cármenes; era un día lluvioso y frío, y con lluvia llegaron a Alcalá. Un criado negro que traían sufrió una caída del mulo a la vista del pueblo "cerca de una cruz donde se bifurca el camino, saliendo de él un ramal hacia el castillo". Sospecho que este sitio sea la llamada Cruz del Coto. En aquella caida perdió el criado una pistola de seis tiros que le había dado Dumas a guardar y que estimaba como una de las maravillas del tiempo en armas de fuego. A Alejandro Dumas le preocupaba, sobre todo, que si la pistola era maniobrada por algún ignorante de su mecanismo, como estaba cargada podría causar alguna desgracia. La pistola no pareció, pues de haberla encontrado alguien habría quedado alguna referencia en el pueblo.

Refiere Dumas: "Entramos por una puerta ojival ("los Arcos", desaparecidos ya a principios de siglo) y descendimos a una especie de arrabal. Apenas hubimos entrado en el pueblo nos vimos obligados a desmontar. Las mulas cedían a cada choque, y el pavimento, quebrado, ofrecía veinte a cada paso. Jamás he visto hielo tan rebaladizo como el empedrado de Alcalá la Real".

"Pablo (el criado negro) se obstinó en seguir montado. Se cayó dos veces. Estas dos caidas completaban la docena. Finalmente ganamos una plaza y al otro lado de la plaza una fonda, más amable a nuestros ojos que un puerto a la mirada de los marinos después de una tempestad".

"Yo, pobre extranjero, poco familiarizado con las relaciones del exterior y del interior, helado como me sentía, me detuve un momento a la puerta, admirando la fachada de aquella fonda. Se trataba de una verdadera fachada de palacio, con es-

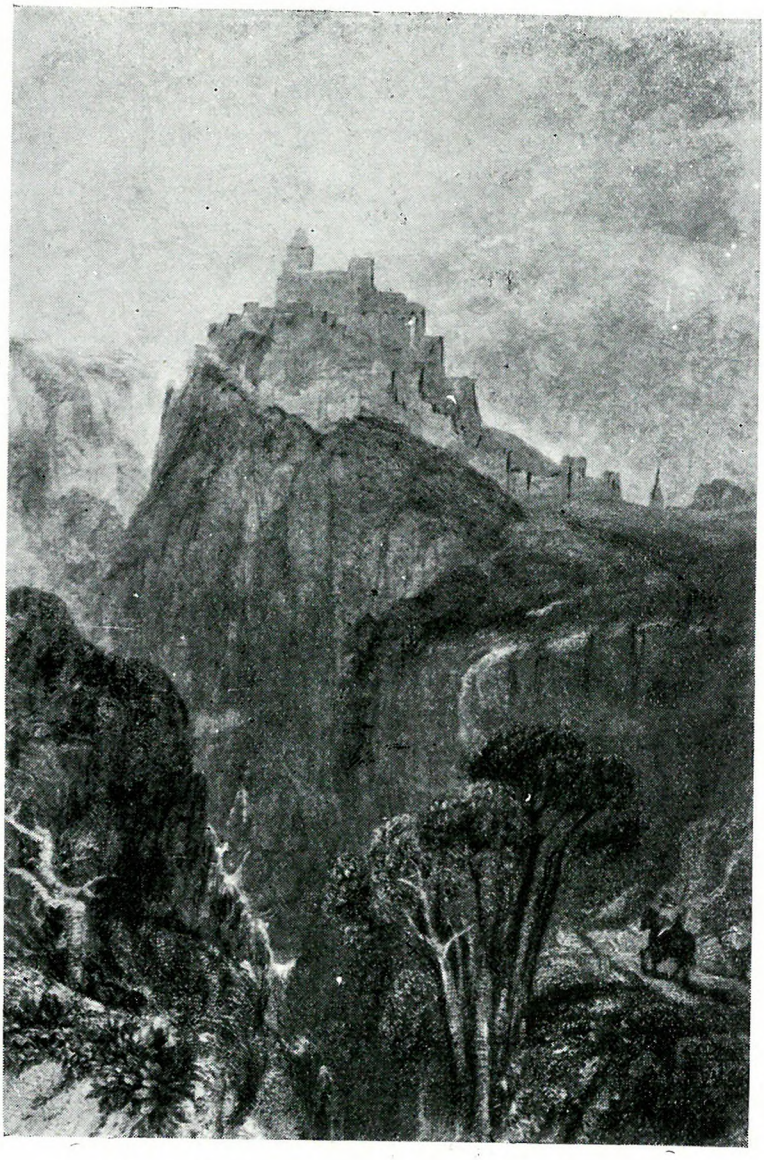
cudos heráldicos, capiteles esculpidos y cornisas labradas de hojas y flores".

Los Dumas y sus amigos fueron bien acogidos en la posada y pronto se calentaban alrededor de una gran chimenea que había a la entrada. Prepararon ellos mismos la cena y se dispusieron a engullirla en otra habitación en la que también había chimenea. Mas para hacerse cargo de las condiciones en que se viajaba en aquella época, lo mejor es que transcribamos la descripción que hace Dumas del ambiente:

"Será difícil dar una idea exacta de lo que llaman una habitación en el camino de Granada a Córdoba, en una ciudad de quince mil almas a la que pomposamente llaman Alcalá la Real: una mesa carcomida, dos o tres sillas cojas, que nos inspiraron tan poca confianza que hubimos de subir para reemplazarlas, bancos de la cocina; dos puertas abiertas, una al corredor y otra al granero; una ventana batiendo a todos los vientos del cielo, y, en fin, un pavimento desconchado sobre un gallinero en el cual los gallos cantaban encarnizadamente tomando la claridad de nuestras luces por los primeros vislumbres del alba. De ello resultaba aire por los pies, por las puertas, por la ventana; aire, en fin, por los cuatro puntos cardinales. Incluso la chimenea nos enviaba su ración de aire, y esta era la más desagradable, porque estaba mezclada con humo. Y por encima de todo esto, el cacareo de las gallinas y el canto del gallo..."

No obstante, refiere Dumas que la cena fué alegre..., y la noche transcurrió mejor de lo que podía esperarse. "Hay un punto, sin duda, respecto al cual los albergues españoles son víctimas de una calumnia, y es el de la limpieza. Las paredes encaladas entristecen quizá por su desnudez, pero llegan a alegrar la vista por su color, sobre el cual destaca inmediatamente el menor insecto enemigo del sueño de los viajeros".

El día 2 de noviembre nuestros viajeros salieron de Alcalá camino de Castro del Río y Córdoba. Los comentarios que sugiere a Dumas el aspecto del campo próximo a Alcalá, no son muy halagüeños para mis paisanos, los alcalainos de la época. "El camino se dibujaba apenas en un terreno rojizo y alterado;



Grabado de Roberts, que figura una vista de Alcalá la Real

a derecha e izquierda se extendía el valle, erizado de cardos y plantas parásitas, evidenciando que la agricultura no era la principal ocupación de los habitantes de Alcalá la Real". Pues si en aquella época no vivían los alcalaínos de la agricultura, ¿con qué otro género de actividad subvendrían a sus necesidades?

"Nada puede dar una idea —escribe Dumas— de estos grandes paisajes de España, de estos horizontes desnudos, sin un árbol, sin una casa, sin un rincón de cultivo que denuncie la civilización. Se diría una tierra virgen y solitaria desde el día que salió de las manos de Dios. Esta ausencia de vida, de vegetación, da al paisaje una aspereza que dobla su magnitud y todo se empapa de la impresión de los lugares hasta los espíritus más rebeldes. Era preciso nada menos que la personalidad francesa seis veces repetida en nosotros, para poder resistir aquella impresión de tristeza mezclada de selvatiquez que el terreno sobre el que se camina parece proyectar en el viajero".

Había transcurrido más de medio siglo desde que Ponz, haciendo este viaje a la inversa, abundaba en análogas observaciones y comentarios. Es decir, que en ese tiempo no prosperó nada económicamente aquella región (1). Mas los que vinimos al mundo al final del siglo pasado encontramos ya esos mismos campos sometidos a cultivo intensivo, convertidos en algunos sitios en "infinitos océanos" de olivar y salpicados de innúme-

(1) Corresponde esto a una época en la que la economía era igualmente pobre y ruín en todo el país, debido a que la mayoría de los españoles sólo trabajaban lo necesario para subsistir. Cuenta Madame d'Aulnoy, que estuvo en Segovia al final del siglo XVII, que en esta capital, a la sazón una de las ciudades mayores de España, no pudo encontrar pan durante todo el día de su llegada. "A las cuatro de la tarde se distribuyó por orden del Corregidor; sin embargo, la gente no se asustaba por esto, pues decían que la helada era la causa de que los molinos no moliesen. Porque están acostumbrados a hartarse hoy y a morirse de hambre mañana".

Francesco Guicciardini, embajador de Florencia ante el Rey Católico, se expresaba en términos parecidos: "Hay en España una gran pobreza y no creo que proceda tanto de la cualidad del país cuanto de la naturaleza de sus habitantes que no quieren dedicarse a trabajar, y

ros caserios, cortijos y almazaras... Esto es, en otro medio siglo esos hombres, que a Dumas le parecieron poco aptos para la agricultura, convirtieron aquel terreno inculto en la rica zona que constituyen hoy los predios olivareros del ruedo de Alcalá y los que, en la dirección que seguían nuestros viajeros, se extienden sobre Fuente-Alamo y San José de la Rábita.

En 1862 estuvieron el Barón Charles Davillier y el famoso dibujante Gustavo Doré en Andalucía, y desde Baena fueron a Alcalá la Real. Davillier da cuenta de su paso por Alcalá en los siguientes términos:

"Llegamos al día siguiente a Alcalá la Real después de haber cabalgado de la tarde a la mañana por caminos muy pintorescos, pero abominables, y maldiciendo a nuestras mulas, que sin duda alguna eran las más reacias de toda la Andalucía. Por lo demás, la vista de una de las ciudades más bellas de España nos hizo olvidar enseguida nuestras fatigas. Desde lo alto de la alta torre de la Mota, construída en la cima de una colina en forma de pilón de azúcar, sobre la que está erigida la ciudad, divisamos una inmensa extensión hasta las llanuras de la Vega, en medio de la cual se levantaban las colinas de Granada".

"Acalá, situada a más de tres mil pies por encima del nivel del mar, es una de las ciudades más altas de Andalucía. Por consiguiente, en la época de las guerras entre los moros y los cristianos fué una posición de las más importantes. Alfonso XI hizo en persona el sitio de Alcalá, adueñándose de ella en 1340,

---

no es que ellos vayan fuera de España, más bien mandan a otras naciones las materias que produce su reino, para comprarlas después trabajadas por otros, como se ve con la lana y la seda que venden a los extranjeros para comprarles después los paños y tejidos. Debe proceder de esta pobreza el que sean por naturaleza bastante miserables, puesto que, exceptuados algunos Grandes del Reino que viven con gran suntuosidad, el resto vive en casas con una estrechez suma, y si por acaso tienen que gastar lo echan sobre ellos mismos o en una mula, llevando encima más de lo que les queda en casa, donde viven con extrema mezquindad y de manera tan parca que es de maravillarse. **"Viaje a España", de Francesco Guicciardini,** trad. de José María Alonso Gamo. Ed. Castalia, Valencia, 1952.

lo que le valió a la ciudad el título de Real, que aún lleva hoy. Más tarde, los Reyes Católicos Fernando e Isabel, la llamaron muy noble y muy leal, la llave, la guarda y la defensa de los reinos de Castilla y de León".

"Si las antiguas construcciones moras dan a Alcalá la Real un aspecto mahometano, los nombres de sus plazas son, en cambio, de los más católicos y muestran que la antigua ciudad de Ibn Said (2) es hoy día completamente ortodoxa. Tomamos nota, en efecto, de la plaza de la Consolación, la del Rosario, de las Angustias y otras cuyos nombres no eran menos devotos".

Lo transcrito da una idea somera del valor que era preciso tener hasta mediado el siglo pasado, para lanzarse a la aventura de un viaje utilizando los primitivos medios de transporte de la época y sin contar con alojamientos medianamente cómodos donde descansar y reponer energías, pues, como hemos visto, la simple compra de pan constituía un verdadero problema.

La lectura de esos relatos permite también evaluar en su

---

(2) ALI BEN MUSA IBN SAID (o ABEN SAID EL MAGREBI).—Nació en Calat Yahcob (Alcalá la Real) hacia 1214. Estudió filosofía, poesía e historia. Sucedió a su padre en la gobernación de Algeciras y más tarde viajó por Oriente. Fué muy bien acogido en El Cairo por los hombres de letras. Posteriormente estudió en Bagdad y después pasó a Alepo, donde fué protegido por Almalik Annazir. Hacia 1286 murió en Damasco, en el curso de uno de sus numerosos viajes por el mundo musulmán. Dejó numerosas obras; algunos autores le atribuyen más de 400. Entre ellas se encuentran el **Libro de la esfera de la literatura** y la **Extensión** de la tierra. Odon de Buen le atribuye también una notable obra de **Historia Natural.**

La mayor parte de sus obras se han perdido. Fué grande su influencia sobre los escritores árabes que le siguieron, siendo citado a menudo por Almakkari. Aben Alja Tabib le elogió como "literato ilustre, viajero infatigable, investigador erudito de las bibliotecas e historiador diligentísimo". Pons Boigues dice de él: "Le consideramos como astro de gran magnitud en el cielo de nuestra literatura arábigo-hispana". "Historiadores y geógrafos arábigos-españoles".—Madrid, 1898.

justa medida lo que es nuestro progreso actual, tanto más meritorio cuando se tiene en cuenta el volumen extraordinario de lo conseguido en tan breve tiempo sobre la desolación sembrada en todo el país por las tropas napoleónicas y a pesar de nuestras guerras civiles y revoluciones.

Madrid, primavera de 1958.